

Unamuno, pintor

En 1956 fueron escritas en *Clavileño*, revista de la Asociación Internacional de Hispanismo, unas acertadísimas páginas sobre «Unamuno y la pintura»¹ En ellas se examina «el pensamiento unamuniano sobre el hecho concreto de las artes visuales», es decir, lo que Unamuno decía de la pintura, la «concepción que el escritor dejó sobre la creación pictórica»². El erudito estudio de Antonio Romera se justifica en la premisa de atribuir a Unamuno una cierta autoridad en el campo de las artes plásticas, autoridad lo bastante apreciable como para ser tenida en cuenta.

No obstante, aún concediendo una cierta capacidad, si bien limitada, a don Miguel de Unamuno para pintar y admitiendo con mayor resolución el valor de sus apreciaciones como crítico del arte pictórica, no cabe duda de que la inmortalidad que tanto deseaba la obtuvo con la pluma.

Por eso, este trabajo va a examinar el reflejo de esas apreciaciones unamunianas sobre la pintura en la modelación de su obra literaria, es decir, cómo la pintura ha influido en su pensamiento, o mejor dicho, cómo sus observaciones sobre la pintura y algunos pintores están preñadas de substancias que definen aspectos de su obra en general.

La fácil pluma de César González Ruano³ y la prolífica mano de Alfonso Reyes⁴ no le han dedicado más de dos páginas a «Unamuno dibujante». La pequeña colección de dibujos unamunianos que obraba en posesión del segundo (nueve en total) no le ha merecido más que una breve enumeración y un sucinto comentario general, no siempre positivo.

El pintor Orbaneja, nos cuenta Cervantes, solía aclarar debajo de sus obras la naturaleza de lo que pintaba. «Este es gallo». Unamuno tenía también esa costumbre como atestiguan ambos escritores. González Ruano cuenta:

A veces, con poca confianza en sus medios de expresión como dibujante, don Miguel ha llenado sus dibujos de notas y llamadas explicatorias, de largas sentencias a modo de títulos⁵.

Ambos escritores perpetúan, con una respetuosa falta de respeto, a Unamuno como pintor de vacas que pastan, de ratones y de ranas.

¹ Antonio R. Romera, «Unamuno y la pintura», *Clavileño*, VII, núm. 41, 1956, pp. 51-57.

² Ídem., p. 51.

³ César González-Ruano, *Vida, pensamiento y aventura de Miguel de Unamuno*, Colección *El Gijón*, Madrid, 1954, pp. 161-163.

⁴ Alfonso Reyes, *Obras Completas*, vol. IV, *Letras mexicanas*,

⁵ César González-Ruano, *ibid.*, p. 162.

En su juventud había estudiado Unamuno en Bilbao con el pintor Lecuona, que vivía en el mismo edificio que él. Al descubrir su poca capacidad para la utilización de los colores abandonó la pintura. Se conservan de esta época en la Rectoral de Salamanca, junto con su biblioteca, dos paisajes del país vasco, copiados de obras de Lecuona.

Cuenta de sí mismo Unamuno:

Desde muy niño me adiestré en el arte del dibujo y luego en el de la pintura, y si he abandonado este último es por haber descubierto mis escasas aptitudes para el colorido. La línea y el claroscuro, sí, pero el color no; éste me era rebelde. Y no sé si es por esto que prefiero a los pintores que podríamos llamar claroscuristas, aquellos que pintan poco más que a blanco y negro, y no esos otros coloristas que degeneran fácilmente en colorinistas y cuyo arte decorativo no encaja del todo dentro de la severa y clásica pintura⁶.

Ilústrese esta preferencia suya por la línea y el claroscuro con alguna cita que permita ver la proyección de su visión de la estética pictórica sobre su propia estética literaria.

Negras nubes de nieve velan
al blanco sol, sus razas hielan,
tiembla la luz,
y en la cumbre de la montaña,
cojín la roca de la entraña,
duerme la cruz.⁷

La precisa silueta de la cruz en la cima y el vocablo escueto, preñado de exactitud, no dejan lugar a dudas. El contenido semántico de la palabra vibra sin interferencias de otros términos ni de otras significaciones ocultas. Precisión no exenta de aspereza, que queda desencajada al atreverse a utilizar la metáfora «cojín la roca de la entraña», metáfora que es casi comparación y en la que el substituyente «cojín» va acompañado «por si las moscas» de lo substituido «la roca».

De esta etapa juvenil de su formación le quedó como legado la perspicacia de la observación del pintor, su actitud contemplativa; de su etapa madrileña le quedaría su afición a museos y exposiciones. «Es el Museo del Prado lo que más echo de menos de Madrid, casi lo único», nos cuenta, «sólo una forma de arte público, la exposición de cuadros y estatuas, me atrae la atención»⁸.

Entre 1900 y 1923 escribió numerosos artículos sobre las artes plásticas que fueron recogidos bajo el título de «En torno a las bellas artes» en sus obras completas⁹. A través de ellos examinó Antonio Romera a Unamuno como crítico de arte y en ellos van a apoyarse las páginas presentes para examinar cómo se manifiesta su visión de la pintura en su estética literaria.

Los comentarios más extensos se refieren a los pintores siguientes: Darío Regoyos, Ignacio Zuloaga, El Greco, Velázquez, José Ribera, Juan Carreño Miranda, Joaquín Sorolla y Pablo Picasso.

Con motivo de la muerte de Darío de Regoyos escribió un artículo en *La Nación* de Buenos Aires en el que alababa en este pintor su amor a la tierra, el amor y

⁶ Miguel de Unamuno, «De arte pictórica», en *Obras completas*, vol. XI, Vergara S. A., Barcelona, 1958, p. 554 y 555.

⁷ Miguel de Unamuno, *Canciones y poemas de Hendaya*, II (1929), núm. 709, *ibid.*, vol. XV, p. 386.

⁸ Miguel de Unamuno, «De arte pictórica», *ibid.*, p. 554.

⁹ Miguel de Unamuno, *Obras completas*, vol. XI, pp. 541-624.

la ingenuidad de sus cuadros llenos de luz, verde yerba y de la «llovizna irisada» de su «tierra vasca».

Este cielo de lluvia, doméstico,
que se abraza a la tierra y la mina;
este cielo sin sol, ciudadano,
este techo que ensueños cobija,

este cielo que se hunde en la cumbre
donde el hombre a sus anchas respira,
este cielo es el cielo de mi alma,
corre el agua a su cuna y se abisma.¹⁰

«Sencillos» ambos, «ingenuos» ambos, «hondamente humanos» ambos. Sin duda en estos versos como en la pintura de Regoyos se ve el «alma del hombre cuando se empapa de universo»¹¹. «Pintor franciscano» llama a Regoyos el franciscano Unamuno:

Hablaba como un árbol; en sus hojas susurraba el aliento del Señor; endulzaba con su habla las congojas en que el hombre madúrase en amor¹².

Regoyos, uno de los mejores paisajistas españoles del siglo XIX. Unamuno, autor de *Andanzas y visiones españolas*, *Por tierras de Portugal y España*, y de cientos de páginas de poesía descriptiva, descripciones externas e internas. Recordemos sus *Rimas de dentro*. Para él, «los paisajes son propios estados de conciencia»¹³. Se trata de humanizar de este modo a la naturaleza:

Sus hondos ojos azules
daban azules al cielo;
amarillo primavera
se despejaba sereno
por el follaje dormido,
y era la vida un entero
vivir de Dios; por el río
soñaban en claro espejo
ensueños de la montaña
abrazados con el cielo...

De Ignacio Zuloaga nos habla Unamuno en cuatro artículos: «Zuloaga el vasco» (*La Nación*, Buenos Aires, 25-V-1908); «De arte pictórica» (*La Nación*, Buenos Aires, 21-VII-1912); «La labor patriótica de Zuloaga» (*Hermes*, Bilbao, agosto 1917, año I, núm. 8), y «Filósofos del silencio» (*Los Lunes del Imparcial*, Madrid, 1-II-1915)¹⁵. De la apasionada defensa del pintor vasco y de los criterios usados para su evaluación parece desprenderse un Unamuno lleno de concomitancias con el pintor, que se dibuja en estos escritos casi como su «alter ego». Ambos vascos y ambos con una postura semejante en su españolismo. Ambos austeros, místicos, castizos, amigos del claroscuro, religiosos, trágicos, sombríos, fuertes, graves, intrahistóricos. «De mí sé decir —habla Unamuno— que la visión de los lienzos de Zuloaga me han servido para fermentar las visiones que de mi España he cobrado en mis muchas correrías por ella, y que cotemplando

¹⁰ Miguel de Unamuno, *Canciones y poemas de Hendaya*, I, (1928), núm. 470, en *Obras Completas*, vol. XV, p. 291.

¹¹ Miguel de Unamuno, «*Darío de Regoyos*», *La Nación*, Buenos Aires, 16-XII-1913, en *Obras completas*, vol. XI, p. 577.

¹² Miguel de Unamuno, *Canciones y poemas de Hendaya*, I, núm. 473, *ibid.* p. 292.

¹³ Miguel de Unamuno, «*Darío de Regoyos*», en *Obras completas*, vol. XI, p. 585

¹⁴ Miguel de Unamuno, *Romancero del destierro*, (1927), en *Obras completas*, vol. XIV, p. 652.

¹⁵ *El primero* en *Obras completas*, vol. XI, pp. 546-554; *el segundo*, p. 554-571; *el tercero*, pp. 609-615; y *el cuarto*, p. 603-608.



Dibujos de
Unamuno